

Influjo Misionero en la Formación de América Septentrional

Francis J. Curran, S. J.

Presentamos a nuestros lectores el estudio histórico del pasado colonial de la América del Norte, hecho desde el punto de vista del influjo de la Iglesia Católica en la formación de las naciones que ocupan esa región de nuestro Continente, en especial de EE. UU.

Se debe a la pluma de un norteamericano, Francisco Javier Curran, historiador y sacerdote perteneciente a la Compañía de Jesús, el cual en su excelente obra "Major Trends in American Church History", pone de relieve los méritos de esta labor y la vindica de las exposiciones tendenciosas de que ha sido objeto por parte de algunos historiadores protestantes. (1)

Se puede decir que los comienzos de la historia de EE. UU., así como el comienzo de la historia del cristianismo en el continente americano, se debe a la empresa misionera del catolicismo.

A pesar de ello, las crónicas que dan cuenta de los trabajos misioneros católicos son casi totalmente desconocidas por los norteamericanos. Es cierto que no faltan historiadores que prodigan encomios a los trabajos de los primeros misioneros. Así se expresa MacLeod: "En toda la historia del mundo no se halla otra empresa humana de ambiciones tan vastas; ni ha habido otra empresa semejante que se haya acometido ante riesgos tan enormes y llevada a cabo con tanta inteligencia, heroísmo y energía". Y Bolton refiriéndose a una de las órdenes misioneras escribe: "Ningún otro capítulo de la historia de este hemisferio revela mayor heroísmo y ha ejercido tan gran influencia como el de las Misiones jesuíticas".

La voluminosa obra de Parkman ha sido la fuente de información principal que ha dado a conocer al norteamericano la obra misionera de los franceses "Ropas Negras". Sin embargo, las misiones españolas exceden con mucho en importancia. Como dice Bolton: "Los misioneros de la Nueva Francia contaban las conversiones por cientos, o, a lo sumo, por miles, mientras que los de Nueva España las contaban por centenares de miles y aun por millones". El hombre norteamericano, sin embargo, ignora casi totalmente estos hechos o los conoce deformados por la infame propaganda de la "Leyenda Negra". Son muchas las generaciones de norteamericanos que han sido indocctrinados con la falsa historia que describe la coloniza-

(1) No siempre los historiadores no católicos proceden así. En muchos puntos son varios los que dan la razón al P. Curran, como puede verse en esta obra que recomendamos a nuestros lectores y que puede adquirirse en la Editorial de la conocida revista norteamericana "America". Dirigirse a "America Press", 920 Broadway, New York 10, N. Y. EE. UU.

ción española y portuguesa como inepta, cruel, avara y fanática. Hace 40 años, Bourne advertía: "La mayor parte de los textos de historia dan menos espacio a los esfuerzos de la Corona Española en favor de los indios que a las crueldades denunciadas por Las Casas". Hoy día podríamos repetir sus mismas palabras al juzgar muchos libros circulantes.

La historia del catolicismo español y portugués en la América Colonial no es para causar ninguna clase de revulsión, sino más bien admiración. Dejando a un lado las misiones portuguesas del Brasil, por no haber tenido influencia en el curso del catolicismo de EE. UU., vamos a detenernos en las misiones españolas ubicadas dentro de los límites del actual EE. UU. No debemos, sin embargo, proceder sin una breve introducción de las misiones católicas en la América Española. Desde sus comienzos presentan un cuadro luminoso, si las contrastamos con el protestantismo de EE. UU., sobre todo en su actitud ante los aborígenes y los negros.

La expansión misionera en el continente americano es la más vasta que se ha conocido en toda la historia de la Iglesia Católica. Sus más brillantes resultados se logran en la América Española. Apenas el protestantismo había comenzado a hacer acto de presencia en los Estados Europeos, cuando las misiones americanas contaban con un buen número de años de trabajo. Fueron órdenes Religiosas de Franciscanos, Agustinos, Jesuitas, las que llevaron la carga principal. El celo de estos arriesgados misioneros no se limitó a seguir la bandera triunfante de los conquistadores, sino que repetidamente penetraron por sí solos en territorio salvaje. Fueron muchos los que pagaron su valor intrépido con sus vidas. Otros muchos perecieron de hambre, fatiga o enfermedad. Pero su trabajo fructificó maravillosamente.

Los indios se convirtieron fácilmente al catolicismo y hasta hubo conversiones en masa. El Franciscano Pedro de Gante con la sola asistencia de un catequista llegó a bautizar a 200.000 aborígenes, y aunque es difícil hacer un cómputo exacto de los convertidos al catolicismo, su número fue vastísimo. MacLeod calcula que en las ciudades y pueblos españoles habría unos 5.000.000 de indios católicos después de sólo 75 años de actividad misionera. México, a los pocos años de la llegada de Cortés, había contribuido con varios millones de nuevos miembros al catolicismo. Latourette estudiando informes mejicanos del año 1536, afirma que: "Hasta la cifra de 10.500.000 entra dentro de lo posible". Cualquiera que fuese el número de convertidos un hecho aparece claro, y es que cuando los ingleses establecían sus primeras colonias en Norteamérica, ya en la parte española había extensos territorios católicos.

Es cierto que en la América Española, como en todas las colonias nuevas, se dio la explotación de los aborígenes. Pero la Iglesia Católica reaccionó rápida y vigorosamente en defensa de los oprimidos. Todos los misioneros, especialmente Bartolomé de Las Casas, tomaron por su cuenta la protección eficaz de los indios, y fue precisamente la influencia del catolicismo la que motivó la promulgación de un Código Legal destinado a proteger la libertad y la propiedad de los aborígenes y que es considerado hoy con gran admiración por el espíritu cristiano y humano que le anima. El Papado recurrió a sanciones temporales y espirituales con el fin de reforzar las Leyes. La pena de excomunión recaía sobre todo el que esclavizaba a un indio. No quiere decir esto que los colonos españoles no elu-

diesen la ley en numerosas ocasiones. Sin embargo, al cabo de un siglo, la práctica de la esclavitud había sido erradicada. MacLeod afirma: "La práctica de la esclavitud nunca fue un problema de capital importancia para el indio, debido a la influencia protectora que recibió de parte del Papa, del Rey y del monje".

Por más acusaciones que puedan acumularse contra individuos particulares españoles, la conducta en general de España con respecto al indio, es verdaderamente admirable, sobre todo si se contrasta con la política colonial de los ingleses en Norteamérica. Los indios de los dominios españoles no sólo se salvaron del exterminio que sufrieron sus hermanos del Norte a manos inglesas, sino que se les hizo partícipes de la civilización y cultura española.

Esta tarea humanizadora y protectora de la Iglesia con respecto al indio, se lleva a cabo también con respecto al negro. Los negros llegan a las colonias inglesas o españolas como esclavos. Pero en la América española, el esfuerzo de los poderes católicos por mejorar su estado es continuo y efectivo. La campaña de propaganda llevada a cabo por los misioneros da lugar a la promulgación de leyes que limitan los poderes de los dueños, suavizan las condiciones de trabajo y le otorgan al esclavo derechos para poder ser defendido ante los tribunales. Bourne afirma: "Un estudio comparativo del trato que recibieron los esclavos en las colonias inglesas, francesas y españolas, revela el hecho sorprendente, dado el clásico enjuiciamiento del régimen español como opresivo, que las leyes de estas colonias sobre los esclavos eran mucho más humanas que las del Código inglés o francés".

La influencia católica no se limitó a proteger a los esclavos. La primera voz que se levantó en este continente contra la institución de la esclavitud fue la del jesuita Alfonso Sandoval. Su protesta fue secundada por una gran parte del clero, con resultados tan efectivos que un siglo antes de la guerra civil de EE. UU., la mayor parte de los negros de América española eran libres. La emancipación se había completado para el año de 1860, y gracias a este influjo se hizo sin efusión de sangre.

Estos esfuerzos en pro de la libertad y mejoramiento de los negros no fue el único objetivo de los misioneros. El fin principal que se proponían era su cristianización. Fueron muchos los sacerdotes que dedicaron sus vidas a esta misión. El Jesuita S. Pedro Claver con una vida heroica de sacrificio logró bautizar unos 300.000. En el trabajo pastoral de los sacerdotes se consideraba como obligación de oficio la instrucción cristiana y el cuidado espiritual del negro. Los frutos de esta dedicación apostólica fueron magníficos. Mientras la mayoría de los esclavos en las colonias británicas permanecieron alejados del protestantismo, los de las colonias españolas abrazaron el catolicismo. Mientras la emancipación en las colonias inglesas fue seguida de un movimiento en masa de los cristianos negros para agruparse en denominaciones de color, los negros de las colonias españolas se contentaron con permanecer en el seno de la Iglesia Católica que tanto les había protegido. Estos contrastes de política colonial han sido puestos en relieve por el historiador negro, Woodson: "En vista de estas comparaciones, parece ser que la libertad conseguida por los protestantes en su revolución anticatólica se ha convertido frecuentemente en una mayor licencia para odiar a sus hermanos de color. Mientras los

protestantes en EE. UU. andaban acumulando argumentos con el fin de probar que los negros eran meros animales y que por consiguiente deberían ser tratados como bestias de carga, los católicos les estaban aceptando como hermanos y tratándoles como hombres. Considerándoles como capaces potencialmente de desarrollo cultural, los latinos dieron a los negros muchas más oportunidades de avance cultural que los protestantes en EE. UU”.

Los territorios dentro de los límites actuales de EE. UU., fueron también campo de la actividad misionera católica. El trabajo de conversión de los indios al Norte del Río Grande comenzó dos generaciones antes que los primeros colonizadores ingleses llegasen a Jamestown. Cuando se fundó Virginia, que nunca envió un solo misionero a los indios, los españoles franciscanos y jesuitas atendían a unos 10.000 indios católicos en Florida y Georgia. Estas misiones, que llegaron a contar con 30.000 indios católicos, fueron completamente destruidas por el creciente poderío británico antes de 1740. Un historiador no católico comenta así este hecho: “En el campo de la historia misional, Carolina destaca por sólo este hecho: la completa destrucción de las misiones de Guale y Apalatchee en Georgia y Florida lograda con la ayuda de feroces caníbales salvajes, seguida del martirio a fuego de 3 misioneros franciscanos y 14 indios y la esclavización de 1.400 indios”.

Para el año 1630, los franciscanos atendían al Norte del Río Grande a unos 60.000 indios católicos. A pesar de que estas misiones fueron destruidas en una revuelta en el año 1680, los misioneros volvieron rápidamente y las reconstruyeron. A comienzos del siglo XIX, antes de que el gobierno anticlerical de Méjico paralizase el trabajo de los misioneros, la población católica india en Nuevo Méjico era de cerca de 15.000. Tomando como base Nuevo Méjico, los misioneros se aventuraron a trabajar con los pequeños grupos de tribus nómadas dispersos en la vasta superficie de Texas. En este difícil campo misional los éxitos fueron no pequeños.

Los jesuitas fueron los pioneros en el trabajo misional de Arizona y California. Las misiones florecieron, especialmente bajo la dirección de los PP. Kino y Salvatierra. Al ser expulsados los jesuitas, los franciscanos ocuparon su puesto, dirigidos por el gran misionero Junípero Serra. Estas misiones llegaron a contar 50.000 indios católicos, número que disminuyó más tarde debido a las enfermedades y a la oposición obstructora de los gobernantes.

Este breve sumario del trabajo misionero católico en el Sur y Suroeste de los EE. UU. apenas hace justicia a la vasta empresa realizada por aquellos heroicos misioneros. Cotejándola con la historia británica en EE. UU., las realizaciones católicas resaltan mucho más, aunque sólo consideremos este aspecto negativo. Como indica Gorman: “Esta verdad gloriosa aparece clara: los españoles en EE. UU. ni expulsaron a los indios de sus territorios ni les oprimieron. Ni mucho menos les destruyeron. Si existen tales acusaciones, deben caer sobre otros pueblos”.

La historia católica misionera en Nueva Francia es también memorable. Los jesuitas alcanzaron notable éxito con los Algonquinos del San Lorenzo y los Hurones del Lago Erie. Para el año 1640, Huronia con su población de 20.000 indígenas era virtualmente un “estado misional”. Las

guerras de los Iroqueses destruyeron estas misiones. Según Parkman: "La causa del fracaso de estas misiones jesuítas es obvia. Los rifles y los tomahawks de los Iroqueses fueron la ruina de sus esperanzas".

Los misioneros no se amedrentaron ante esta belicosidad y encaminaron sus esfuerzos a la cristianización de estas tribus hostiles, produciéndose con esta ocasión el martirio de Isaac Jogues y sus compañeros y la conversión de Kateri Tekalwitha, "Lirio de los Mohawks". La dificultad del trabajo con estas tribus no impidió la conversión de un buen número de ellos, y aunque desde mediados del siglo XVII hasta cien años después la población Iroquesa había disminuido de 30.000 a 7.000 a causa de sus continuas guerras, una quinta parte de los supervivientes eran católicos, y fueron descendientes católicos de los Iroqueses los que en 1820 hicieron un emotivo llamamiento a los jesuítas de St. Louis para que viniesen a trabajar con ellos, mostrando con su perseverancia la profunda fe que habían recibido. Los trabajos de los jesuítas franceses se extendieron hasta las tribus de Maine. Aquí también arriesgaron sus vidas, no ante los tomahawks de los indios sino ante los rifles de los ingleses. Los puritanos de Massachusetts contemplaban envidiosos el número creciente de "Indios Orantes". Prefiriendo ver a los indios como paganos muertos antes que católicos vivos, aplaudieron con entusiasmo una expedición de exterminio. Esta campaña de los fanáticos calvinistas iba encaminada a hacer desaparecer la obra del misionero P. Sebastian Rale. De aquí el nombre de "Guerra del P. Rale". Lograron su objetivo asesinando al misionero y mutilando el cadáver. La misión sin embargo no fue abandonada y en la Guerra de la Independencia estos devotos indios de Maine ayudaron a la causa de las colonias.

El trabajo de los misioneros franceses no se limitó a los Estados marítimos del Este. El P. Marquette misionó Míchigan, y después de realizar el famoso viaje de exploración, fundó las primeras misiones de Illinois. El P. Allouez evangelizó los Indios de Míchigan y Wisconsin. Las estaciones de los misioneros jesuítas se podían encontrar a todo lo largo de la costa de los Grandes Lagos, en las llanuras de los Dakotas, en los bosques del Lago de la Selva y en las inaccesibles playas de la Bahía de Hudson. Jesuítas franceses trabajaron también en Luisiana, Misisipí y Arkansas.

La expulsión de la Compañía de Jesús paralizó momentáneamente estos trabajos. En cuanto EE. UU. adquirió Luisiana, los misioneros volvieron inmediatamente a continuar sus trabajos.

Esta exposición sumaria de los trabajos misioneros de más de dos siglos es ciertamente inadecuada. Los datos, con todo, no pueden menos de poner de relieve las maravillosas realizaciones de la Iglesia Católica en las colonias americanas. Hemos omitido el trabajo pastoral llevado a cabo con los colonos europeos. Frutos de este trabajo es el contar actualmente con un Canadá francés y una América Latina católica.

Merced a este trabajo misional, continente y medio ha sido añadido a los extensos dominios de la Iglesia Católica. Sobre la base de esta empresa misionera, la Iglesia hoy día puede dedicar su atención pastoral a millones de niños negros, blancos y rojos que se postran igualmente ante Dios como hijos de un mismo Padre. La Iglesia Católica tiene más que suficientes razones para venerar la memoria de aquellos celosos misioneros de Nueva España y Nueva Francia.